

# También la comunidad y el catequista educan en la tolerancia a los catequizandos

---

SECUNDINO MOVILLA

Lo digo así de claro y así de afirmativo. A quienes siguen procesos de maduración en la fe -ya sean niños, jóvenes o adultos- es posible educarlos, entre otras muchas cosas, también en la tolerancia. Y es no sólo posible, sino algo real, verificable y comprobable en no pocas experiencias que he vivido y en las que he tenido la suerte de participar. No me arriesgo a decir que esto se cumpla a la perfección en todas las iniciativas de evangelización y de catequesis que por ahí funcionan. Ni siquiera me atrevo a formular eso de la "*educación para la tolerancia*" como un principio absoluto, universalmente válido, realizado ya sin más en cualquier modalidad de catequesis (¡otros se habrán encargado ya de justificarlo y de fundamentarlo con sobradas razones!). A lo único a que yo me atrevo a otorgar veracidad es a lo que he visto y conocido de cerca, a lo que he experimentado incluso por mí mismo, y esto suena así de sencillo y así de claro: *en algunos grupos de procesos catecumenales, donde la comunidad y los catequistas intervienen de manera fehaciente, se produce de hecho un entrenamiento progresivo en comportamientos y en actitudes tolerantes, que se pone de manifiesto hacia dentro del grupo y también hacia fuera.*

De manifestar y de demostrar que esto es así me voy a ocupar en las páginas que siguen. Pero no para quedarme en lo anecdótico de poner dos o tres ejemplos, sino para referirme más bien a los principios inspiradores que a muchos han ido guiando y orientando, y en

definitiva motivando a poner en práctica ese fruto del Espíritu que es la tolerancia (*Gal 5,22*).

Armonizar la igualdad y la diferencia parece ser lo propio de la tolerancia, según la declaración de la ONU al proclamar este año 1995 como Año Internacional de la Tolerancia bajo el lema de *"somos iguales, somos diferentes"*. De esa declaración me parece interesante resaltar, en primer lugar, el valor concedido a la *educación* como medio para inculcar en los hombres la *"cultura de la tolerancia"*, cuando habla de *"fomentar la tolerancia por medio de la educación... y de perfeccionar los sistemas y los programas educativos para preparar a las generaciones futuras a vivir en esas sociedades multiculturales que son las nuestras"*. Y agradecer, en segundo lugar, la invitación que hace a los *hombres de fe* a movilizarse *"para proclamar juntos el mensaje común de las religiones, superando las divergencias dogmáticas y los fanatismos cuyo ascenso es patente"*.

Son dos puntos que a nosotros nos atañen muy de cerca, porque nos confesamos hombres de fe, interesados en que la fe cristiana informe de un modo determinante la vida de la gente, y porque lo hacemos valiéndonos de los cauces educativos de que disponemos, entre los que se inscribe nuestra labor de catequesis. Por consiguiente, es poco menos que de obligada cortesía responder a la invitación de la ONU con nuestro compromiso serio de alentar y de fomentar la tolerancia *"empezando por nuestra propia casa"*, es decir, por los espacios de la catequesis donde nos sentimos agentes decisivos en la labor educativa de la fe.

Mi aportación trata, pues, de abordar estos puntos:

- 1) en qué sentido nos referimos los cristianos a la tolerancia y cómo hemos de entenderla;
- 2) en qué medida y con qué gestos está invitada la comunidad cristiana a mostrarse tolerante;

- 3) en qué modelos o referencias debe inspirarse el catequista para encarnar en sí mismo la actitud de tolerancia;
- 4) y, finalmente, cómo animar a los catequizandos a incorporar a sus propias vidas el testimonio tolerante tanto de la comunidad que los inicia en la fe como de los catequistas que los acompañan más de cerca.

## **1. ¿De qué tolerancia hablamos?**

*1.1. No sólo de la actitud que el Diccionario de la Real Academia hace consistir en "sufrir, llevar con paciencia": en "permitir algo que no se tiene por lícito, sin aprobarlo expresamente", o en el simple "respeto o consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque sean diferentes a las nuestras". Esto sería quedarse en lo mínimo de lo mínimo. Es decir, en una actitud que está dispuesta a transigir, pero sin perder un cierto aire de superioridad o de suficiencia.*

Tampoco de la postura *escéptica* de quien no toma en consideración lo que los demás puedan pensar, decir u obrar; ni del falso *"irenista"* que evita cualquier confrontación con los que creen o sienten de otra manera; ni del *relativista* que disimula o calla las propias convicciones con tal de no verse expuesto a ser contrariado.

*1.2. De la tolerancia de la que aquí yo me hago eco es de la tolerancia que cuenta sin lugar a dudas con las propias convicciones y que está dispuesta a la confrontación (la "tolerancia de la confrontación", de que hablaba P. Ricoeur). Más aún, de la tolerancia que es "el reconocimiento de la diferencia y de la diversidad, de la posibilidad de una convivencia pacífica entre quienes han aprendido a ver la dignidad de la persona por encima de su raza, su religión, ideología*

o economía"<sup>1</sup>. Como afirma la ONU en su declaración del Año Internacional de la Tolerancia, la diferencia que caracteriza a los seres humanos "es, para cada uno de ellos y para la civilización, factor de enriquecimiento". Porque, en definitiva, el hombre se humaniza "al vivir al lado de los otros". Pero, sobre todo, de una tolerancia que está interesada en la búsqueda de la verdad; que cree que hay una verdad objetiva (el intolerante es el que hace de su verdad personal y subjetiva la verdad real y objetiva), y que el mejor modo de acercarse a ella es el diálogo libre; pues, como sostenía Marcuse, "la finalidad de la tolerancia es la verdad".

1.3. De manera explícita yo quiero referirme a la tolerancia de matiz cristiano, que Jesús hacía consistir no sólo en "no juzguéis y no seréis juzgados" (Mt 1,7), sino en el amor a los enemigos (Mt 5, 43-48) y en el perdón (Mt 6,14-15; 20,21-35). El amor al enemigo, el devolver bien por mal, el perdón, destruyen de raíz el círculo de la venganza. Pues, frente a la venganza, el perdón, como indica H. Arendt, "es la única reacción que no reaccúa simplemente, sino que actúa de nuevo y de forma inesperada, no condicionada por el acto que la provocó y por lo tanto libre de sus consecuencias, lo mismo quien perdona que aquél que es perdonado"<sup>2</sup>. Si la intolerancia parece tener su límite en lo intolerable, "el perdón se nos manifiesta como la tolerancia ofrecida al que ha sido intolerable"<sup>3</sup>.

A todos esos aspectos que engloba en sí la tolerancia -respeto a la diferencia, disponibilidad para confrontarse desde las propias convicciones, búsqueda de la verdad, amor al enemigo y perdón

---

<sup>1</sup>E. GERVILLA: *La confusión del intolerante*, en "Misión Joven", enero-febrero 1995, página 5.

<sup>2</sup>H. ARENDT: *La condición humana*. Seix Barral, Barcelona 1994, página 316.

<sup>3</sup>X. ETXEBERRIA MAULEON: *Sobre la tolerancia y la intolerancia*, en "Pastoral Misionera", enero-febrero 1994, página 40.

ofrecido- quiero remitirme como telón de fondo y quiero tenerlos muy presentes cuando me ocupe en adelante de sugerir y de precisar los gestos y actitudes de tolerancia posibles y deseables en la comunidad cristiana y en la persona del catequista.

## **2. La comunidad cristiana: espacio para crecer y vivir en tolerancia**

A los seguidores de Jesús, que hemos optado por el vivir comunitario, conscientes de que a través de la comunidad nos ha llegado su llamada y a través de ella procuramos también manifestar nuestra respuesta, nos vienen dadas unas referencias en lo que respecta a la práctica de la tolerancia que provienen nada menos que del propio Jesús y del testimonio de las comunidades que desde el primer momento se dejaron guiar por el Espíritu en la praxis de ese seguimiento. ¿Cuáles son esas referencias, esos gestos y actitudes, esos comportamientos explícitos de practicar la tolerancia que nos llegan desde Jesús y desde los primeros cristianos hasta nosotros, que, profesándonos seguidores suyos, perseguimos ese mismo ideal? He aquí la enumeración de tales *referencias*, de las más importantes al menos, o de las que aparecen con mayor frecuencia en los testimonios que invocamos.

### *2.1. El ejemplo de Jesús*

De Jesús de Nazaret, a quien se vuelven los ojos de todos los creyentes porque en él vemos consumada nuestra fe (*Heb 12,2*), le viene a la comunidad cristiana el ejemplo más formidable de entender y de vivir la tolerancia.

2.1.1. El, que tuvo el valor de pasar por encima de los estereotipos que la sociedad de su tiempo había creado (entre los que había tipos

dignos e indignos, aceptables y rechazables, etc.) y que no dudó en ponerse descaradamente de parte de los marginados, de los excluidos y de los no-tolerados por la sociedad. Él, que tuvo la osadía de proclamar que en los planes de Dios los excluidos de la sociedad iban a ser los verdaderos invitados del Reino (*Lc 14,15-24*). Él, que demostró, una enorme *comprensión* hacia todos pero muy singularmente hacia aquellos que se sentían injustamente rechazados y condenados por los demás, pudo recomendar con extraordinaria autoridad moral: "*no juzguéis y no seréis juzgados*" (*Mt 7,1*), "*no condenéis y no seréis condenados*" (*Lc 6,37*).

2.1.2. El propio Jesús, que quiso manifestarse en su vida como la mejor "parábola de Dios", no dudó en educar a través de parábolas a las multitudes, que sintonizaban de alguna manera con la razonable *impaciencia* y con la aparentemente justificada *intolerancia*, con esta sorprendente enseñanza: "*¡dejadlos crecer juntos hasta la siega...!*" (*Mt 13,30*).

2.1.3. Y en el colmo de su deseo de dar a conocer la enorme tolerancia con que Dios suele proceder precisamente con aquéllos que razonablemente no merecen ninguna tolerancia, Jesús invitó nada menos que a otorgar la tolerancia del perdón y del amor a los enemigos: "*perdonad y seréis perdonados*" (*Lc 6,37*), "*si tu hermano te ofende... y se arrepiente, perdónalo*" (*Lc 17,3-4*), "*si mi hermano me sigue ofendiendo, ¿cuántas veces lo tendré que perdonar?... ¡sesenta veces siete!*" (*Mt 18,21-22*), "*amad a vuestros enemigos*" (*Mt 5,44*), "*benedicid a los que os maldicen, rezad por los que os maltratan*" (*Lc 6,28*)... Y todo ello no porque nazca de la lógica reacción humana, sino porque es camino obligado para "*ser hijos de vuestro Padre del cielo*" (*Mt 5,45*) y para "*ser compasivos como vuestro Padre es compasivo*" (*Lc 6,36*).

En la intención de Jesús el amor a los enemigos es el que va llevando poco a poco a la identificación con Dios, el que va llevando a

hacernos hijos suyos (Mt 5,43-48). Es el amor más gratuito y desinteresado; el más revolucionario. *"En efecto, Jesús pretende invertir una tendencia humana muy arraigada, una ley que ha presidido la evolución de toda la vida desde sus formas más elementales: la ley del más fuerte y del cálculo interesado a partir del propio yo. Jesús sustituye la ley del más fuerte por la solidaridad con el débil y pugna por introducir el principio del amor gratuito en las relaciones humanas. Esto es lo que se la llamado la mutación mesiánica, el salto cualitativo que introduce el Mesías Jesús, el don del Padre y la fuerza del Espíritu; es la expresión en la moral humana de la realidad nueva del Reino de Dios como Reino del amor del Padre convertido en principio nuevo de actuación"*<sup>4</sup>.

## *2.2. El testimonio de los primeros cristianos*

También de las primeras comunidades de seguidores de Jesús nos viene el testimonio de sus comportamientos tolerantes que trataron de poner de manifiesto en las siguientes actitudes:

2.2.1. En la actitud de acogida incondicional de los que llegaban por primera vez a la comunidad y con aquéllos con los que ya se estaba conviviendo comunitariamente. Y no porque el talante de acogedores respondiese sin más a la apetencia humana, sino porque era cuestión de mostrar de esa manera que en Cristo habíamos sido todos previamente acogidos: *"acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios"* (Rom 15, 7).

Y también en el reconocimiento mutuo, en un plano de igualdad, porque en Cristo Jesús todos los hombres habían logrado la dignidad de iguales, dado que *"no hay más judío ni griego, esclavo ni libre, hom-*

---

<sup>4</sup>R. AGUIRRE: *La radicalidad de Jesús*, en "Pastoral Misionera", enero-febrero, página. 50.

*bre o mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal 3,28).*

2.2.2. Signo de tolerancia era, por consiguiente, el mostrarse comprensivo con toda suerte de personas: *"que todo el mundo note lo comprensivos que sois" (Flp 4,5)* o incluso el ceder buscando una concordia mayor: *"procuremos cada uno dar satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo" (Rom 15,2)*. El mostrarse además compasivos (*1 Ped 3,8*), agradables y de buen corazón (*Ef 4,32*). El manifestarse cariñosos unos con otros, como buenos hermanos (*Rom 12,10*). El procurar un talante de paz (*Rom 12,18; 1 Tes 5,13; 2 Cor 13,11*) y de acuerdo de unos con otros (*Rom 12,16*).

2.2.3. Lo cual no podía dejar de requerir en ocasiones la capacidad de soportarse con paciencia: *"sed pacientes y conllevaos unos a otros con amor" (Ef 4,2)* y la de perdonarse mutuamente: *"perdonaos cuando uno tenga queja contra otro; el Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo" (Col 3,13)*. En esto del perdón los cristianos no podían echar en saco roto el ruego con el que Jesús les había invitado a dirigirse al Padre: *"perdonáanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mt 6,12)* y el aviso o monición de *"si perdonáis sus culpas a los demás, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas" (Mt 6,14-15)*.

2.2.4. La tolerancia del perdón no podía quedarse en algo circunstancial u ocasional. Debía generar además la disposición de no *devolver a nadie mal por mal (Rom 12,17; 1 Tes 5,15)* y la convicción de que era preciso *vencer al mal a fuerza de bien (2 Tes 3,13; Rom 12,21; 1 Ped 3,9)*.

2.2.5. Y el mejor modo de disponerse a la tolerancia pasaba, en el común sentir de aquellos cristianos, por el hecho de *valorar lo que de bueno había en los demás (Flp 4,8)* y por el trato respetuoso y positivo: *"con los de fuera proceded con tacto, aprovechando las ocasiones... y sabiendo cómo tratar a los demás" (Col 4,5-6)*.

En suma, las enseñanzas y el ejemplo de Jesús procuraron a los primeros cristianos la referencia clara de que era preciso mostrarse tolerantes. A su vez ellos demostraron con su comportamiento que la tolerancia tenía que traducirse en gestos y manifestaciones en el vivir diario y se dieron a sí mismos unas pautas de conducta expresivas y creativas en toda circunstancia. De ello le viene a la comunidad cristiana de cualquier tiempo y lugar el testimonio más apreciado y el espejo en el que ha de seguir mirándose para mantenerse fiel al reto ineludible de la tolerancia.

### **3. El catequista se educa a sí mismo en la escuela de la tolerancia**

El catequista tiene como misión mostrarse tolerante, no por el simple hecho de lo que recomienden hoy día las pedagogías al uso que inciden en la educación (¡que también es preciso tomarlas en mucha consideración!), sino ante todo y sobre todo porque él se confiesa seguidor de unos maestros (de Jesús de Nazaret y del apóstol Pablo, entre otros muchos) que fueron extraordinariamente tolerantes y porque se dedica además a una labor, la catequesis, que, en consonancia con la experiencia de fe que pretende educar, no puede dejar de ser ella misma "*espacio de tolerancia*" y de libertad. De los comportamientos tolerantes manifestados por Jesús, de las experiencias de buena dosis de paciencia y tolerancia vividas por el apóstol Pablo, así como de las condiciones en que ha de desenvolverse la catequesis que quiera ser fiel de verdad al espíritu evangélico, voy a hacer una breve síntesis que pueda servir de orientación y de guía para el catequista.

#### *3.1. Jesús catequiza a sus discípulos acerca de la tolerancia*

A todos procuró Jesús enseñar la tolerancia. Pero al grupo de sus discípulos, a quienes en más de una ocasión les sorprendió en actitud de intolerancia o en abierto rechazo de los que no eran como ellos, les tuvo que reconvenir e instruir de manera insistente.

Dos ejemplos nos recuerdan esa intervención pedagógica de Jesús con los discípulos. Con ocasión de la negativa de los habitantes de un pueblo de Samaria a recibir a Jesús, los discípulos no estaban en grado de soportar aquel desprecio y proponían con celo intolerante que un rayo les cayese encima y los aniquilase. Jesús no sólo no participó de sus sentimientos de impaciente venganza, sino que los recriminó por ello (Lc 9,52-55). Y cuando en circunstancia anterior, según el evangelista Lucas, advierte en sus discípulos un cierto asomo de "apartheid", "molestos por la presencia de las multitudes de seguidores, y convencidos, por otro lado, de que Jesús los había escogido aparte como grupo de élite, 'los Doce se acercaron a decirle: despierte a la multitud, que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque nos encontramos en un lugar despoblado' (Lc 9,12). Con semejante excusa quieren desentenderse del otro grupo..."<sup>5</sup>, Jesús no sólo no aprueba esa actitud de exclusivismo, sino que les dice sin más: "¡dadles vosotros de comer!" (Lc 9,13).

Esto sin mencionar otras reconvenciones de Jesús a los discípulos en que trata de ponerlos en guardia frente a la pretensión de considerarse más que los demás (Mt 23,8-12) o de aspirar a los primeros puestos (Mc 10,35-41), indicándoles que para tender hacia la tolerancia la disponibilidad humilde y servicial es el mejor camino (Mt 20,25-28; Mc 10,42-45; Lc 22,24-27).

De Jesús, como del primer y mejor catequista, se irradia hacia sus seguidores la paciente pedagogía con que trató de reconducir a sus discípulos a la vía de la tolerancia. Por ello se dice en *El catequista y su formación* que "siguiendo las huellas de Jesús, el catequista educa también en todas las dimensiones del Evangelio, y lo hace con su misma pedagogía, apoyándose en el testimonio de su vida y en las obras de la comunidad cristiana, a quien representa" (CF, 54).

---

<sup>5</sup>J. RIUS-CAMPS: *El éxodo del hombre libre*, El Almendro, Córdoba 1991, página 161.

### *3.2. Pablo se declara una persona tolerante después de haber aprendido de su propia experiencia*

Por más que a veces Pablo se mostrase intransigente y duro en algunas de sus reacciones y de sus escritos, por más que su discriminación de las mujeres se haya hecho casi proverbial, no hemos de ignorar que tuvo también la valentía de recapacitar acerca de sus comportamientos y de asumir convencido el ideal de la tolerancia. De otro modo no se explica cómo pudo expresar, sin caer en abierta contradicción consigo mismo, afirmaciones como éstas: *"esmerémonos en lo que favorece la paz y construye la vida común"* (Rom 14,19) y *"procuremos cada uno dar satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo"* (Rom 15,2). O cómo se atrevió a interpelar: *"tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano?... ¡Basta ya de juzgarnos unos a otros!"* (Rom 14,10.13), si no se hubiera hecho a sí mismo sujeto paciente de tal interpelación. No hubiera sido creíble en lo que decía. Y Pablo lo fue.

Fue creíble sobre todo por su experiencia de vida, por sus comportamientos tolerantes con las comunidades de Corinto y de Galacia.

Conocida es la reprimenda que supuso para los corintios la primera carta de Pablo. Sin embargo, sabedor del efecto saludable que les produjo, no duda en confesarles: *"ahora me alegro no de que sintierais pesar, sino de que ese pesar produjese enmienda"* (2 Cor 7,9) y en asociarse a su gesto de perdón: *"al que le perdonéis algo, se lo perdono yo también, pues de hecho lo que yo perdono, si algo tengo que perdonar, es debido a vosotros, delante de Cristo"* (2 Cor 2,10), e incluso en declararles que *"no era mi intención causaros pena, sino haceros caer en la cuenta del amor tan especial que os tengo"* (2 Cor 2,4).

Algo similar se aprecia en su relación con los fieles de Galacia. El hecho de calificarlos de *"insensatos"* (Gal 3,1) o de decirles que *"otra*

vez me causáis dolores de parto... " (Gal 4,19) no es obstáculo para, en definitiva, confesarles: "en nada me habéis ofendido.... no me despreciasteis ni me hicisteis ningún desaire" (Gal 4,12.14). Y todo ello en razón de que la tolerancia es fruto del Espíritu (Gal 5,22), en cuyo impulso quiere verse envuelto: "¡sigamos los pasos del Espíritu!" (Gal 5,25).

Y fruto de su autoridad moral en materia de tolerancia fue lo que le permitió ofrecer a sus más directos colaboradores, Tito y Timoteo, enseñanzas como éstas: "el dirigente tiene que ser juicioso, equilibrado, comprensivo, pacífico..." (1 Tim 3,2-3); "sin dejarse llevar de prejuicios ni favoritismos" (1 Tim 5,21); "el que sirve al Señor debe ser amable con todos.... suave en corregir a los contradictores" (2 Tim 2,24-25); "el dirigente no ha de ser arrogante ni colérico ni violento.... sino equilibrado y dueño de sí" (Tit 1,7-8).

### 3.3. La catequesis, espacio de libertad y tolerancia

Si el propósito de Freire ha sido el de considerar "la educación como práctica de la libertad", el propósito de los seguidores de Jesús, "llamados a la libertad"... , pues para ser libres nos liberó Cristo" (Gal 5,1.13), no puede dejar de tener como objetivo prioritario la consecución y la práctica de la libertad en todas las facetas de la vida humana, incluida, como es lógico, la faceta de la educación de la fe que se lleva a cabo a través de la catequesis. La catequesis -y en ella es primordial el papel que cumple el catequista- ha de manifestar, por consiguiente, que el modo mismo de educar, así como las relaciones de tipo pedagógico, son ya una expresión elocuente por sí misma de libertad y de tolerancia y que de ella han de salir convenientemente entrenados los que corren el proceso de la iniciación cristiana.

Del catequista se espera que sea un "experto en humanidad" (CF, 77). Expresión que, desde Rahner y pasando por Pablo VI, ha sido referida en primer lugar a la Iglesia. Y es que no es poco lo que se espera,

como para que pueda verse cumplido a la perfección por una sola persona. Entendido en la relación a la tolerancia, ¿qué puede significar ese ser "*experto en humanidad*"?

Significa que el catequista "*está abierto a los problemas y deseos del hombre y del entorno social en que vive*" (CF, 75), y que en esa disposición de apertura, y, porque entiende la catequesis como una labor humanizadora, de nuestra sensibilidad y madurez de trato, evita las discriminaciones y trata de reconocer y de valorar a los catequizandos.

Significa que entiende la catequesis como un espacio de libertad. La adhesión de fe cristiana, si quiere ser auténtica, ha de surgir desde la libertad. Como indicaba ya Lactancio (siglos III-IV), "*no hay nada tan voluntario como la religión, pero si quieres defender la religión por la sangre, por tormentos, ésta no es defendida, sino violada*". Y antes aún, Tertuliano (siglos II-III), que ha pasado a la historia con fama de rigorista y de inflexible, reconocía que "*no es conveniente obligar a la religión; tiene que ser practicada con libertad y no bajo presión*". En nuestros días, el *Directorio General de Pastoral Catequética* señala que "*hoy se espera mucho del talento y del auténtico espíritu cristiano del catequista, al mismo tiempo que se le urge a respetar al máximo la libertad y la creatividad de los catequizados*" (DCG, 71). El catequista favorece con su propia actitud y su talante que los otros se expresen libremente. Respeta y hace respetar. Escucha, dialoga. Favorece asimismo la acogida del mensaje cristiano en libertad. No impone, sino propone.

Significa, por último, que el catequista se muestra *flexible al cambio* y a todo lo que el cambio lleva consigo. No se pone a la defensiva ni se parapeta ante las posibles innovaciones. No se muestra rígido ni tenso. No excluye, ni rechaza, ni condena.

De todas estas actitudes ha de ser espacio testimonial la catequesis: de que procura practicarlas el propio catequista y de que inicia poco a

poco en ellas también a los catequizandos. La tolerancia vendrá así no sólo aprendida, sino mostrada y demostrada en el contexto pedagógico de la misma tarea catequética.

#### **4. ¿Con qué actitudes la comunidad y el catequista educan más y mejor en la tolerancia a los catequizandos?**

Después de haber visto lo que la tolerancia significa, después de haber indicado las muestras de tolerancia que tanto la comunidad como los catequistas están llamados a dar en razón del seguimiento de Jesús que dicen profesar, llega ahora la cuestión pertinente de interrogarnos qué hacer y cómo hacerlo para que esa "*enseñanza de vida*" de la tolerancia pase de verdad a los catequizandos.

¿Qué aspectos del catequista y de la comunidad cristiana educan más en la tolerancia a los catequizandos? Esta era la reflexión que se me había encomendado para este artículo. Hasta ahora me he detenido en ver y en considerar atentamente cuál es la práctica que compete en primer lugar a la comunidad cristiana y a los catequistas, porque de esa práctica, si de verdad existe, será fácil en segundo lugar sacar lecciones provechosas también para los catequizandos. De esas lecciones encaminadas a la tolerancia, que pueden y deben tener lugar dentro de la catequesis principalmente por la vía del ejemplo y del testimonio, existen ya iniciativas significativas. Yo me limitaré aquí a dar algunas sugerencias.

*4.1.* Un primer signo de tolerancia que puede llamar la atención de los catequizandos, y que hay que procurar que sea para ellos inteligible, testimonial y persuasivo, se ha de poner de manifiesto en la acogida (*Rom 15,7*) que ofrece la comunidad y que llevan a efecto los catequistas en su nombre. Conviene que en la acogida no se eche de ver ningún tipo de discriminación ni de acepción de personas (*1 Sant*

2,1), que no aparezca ningún tipo de prejuicio ni de favoritismo (*1 Tim 5,21*); al contrario, que se realice con suma afabilidad (*Ef 4,32*) y con verdaderas muestras de cariño hacia todos los que llegan (*Rom 12,10*). De este modo, los catequizandos experimentarán desde el primer momento que la acogida de la comunidad es reflejo de la acogida del mismo Dios, que es Padre de todos y que quiere la felicidad de todos (*1 Tim 2,4*), y, estimulados por esa experiencia positiva, se dispondrán más fácilmente ellos mismos a ser acogedores también con los demás.

4.2. Camino para la tolerancia indican también los catequistas si tratan de valorar lo bueno que hay en los demás (*Flp 4,8*) y si practican, como sugería Rogers, la "aceptación positiva incondicional" de los que participan en la catequesis. El esmero en ver el lado bueno de la gente, en "procurar dar satisfacción al prójimo... mirando a lo constructivo" (*Rom 15,2*), prepara la disposición de ánimo para no renegar nunca de los otros ni para juzgarlos como indeseables, que es el juicio perverso que suele desencadenar la intolerancia. Y los catequizandos que guarden buen recuerdo de la valoración positiva y del aprecio que recibieron de los catequistas se sentirán en condiciones de descubrir y apreciar mucho mejor el lado positivo de la vida y, por supuesto, también de las personas.

4.3. Si el catequista cuida de que la catequesis se viva en *libertad*, de que todos puedan manifestarse en ella con espontaneidad y naturalidad, de que prime el respeto a la opinión de los demás, de que se dialogue, se escuche y se tolere.... estará disponiendo poco a poco a los catequizandos a que se comporten también ellos como personas dialogantes, comprensivas (*Flp 4,5*) y, en definitiva, tolerantes.

4.4. Si, además de todo eso, el catequista se muestra amable con todos (*2 Tim 2,24*), si en el caso de tener que corregir lo hace con suavidad (*2 Tim 2,25*), si trata de ser equilibrado y dueño de sí (*Tit 1,7-8*), creará sin duda un clima de mutua confianza. Cuidará de que esa

confianza esté basada en el reconocimiento de unos y de otros en plano de igualdad (*Gal 3,28*), impidiendo que nadie trate de dominar a los demás o que pretenda considerarse superior a todo el resto. Los que hayan participado en un espacio educativo donde se haya puesto freno desde el primer momento a la dinámica del poder, donde el ejercicio de los liderazgos haya sido convenientemente acotado, donde la igualdad entre todos haya marcado las relaciones de unos y de otros..., a buen seguro que no lo olvidarán fácilmente.

4.5. Del talante pacífico y sereno (*1 Tim 3,2-3*) del catequista, del empeño que éste ponga en favorecer la paz (*Rom 12,18*) y el *acuerdo* entre todos (*Rom 12,16*), aprenderán sin duda los catequizandos que la tolerancia se afianza en la medida en que se evitan los enfrentamientos agresivos y se procura crear un clima de concordia y de unión entre todos.

4.6. Con todo, no siempre será posible evitar los roces y las discrepancias, no siempre la vida del grupo va a ser una "balsa de aceite", no hay por qué ignorar que la convivencia humana se torna en ocasiones difícil, insufrible, violenta, intolerante... Los defectos de los otros se convierten muchas veces en motivo de rechazo y de exclusión absoluta. En tales circunstancias el catequista hará bien en invitar, con su propio ejemplo por delante, a *soportar* los defectos de los otros (*Ef 4,2*) y en referirse convencido al criterio cristiano de que no es conveniente devolver mal por mal (*Rom 12,17; 1 Tes 5,15*), manifestando la grandeza de ánimo que revela el ser capaces de *vencer al mal con el bien* (*2 Tes 3,13; Rom 12, 21; 1 Ped 3,9*). No es fácil la educación en este punto. La reacción instintiva del corazón humano tiende de suyo a la venganza y al secreto conjuro del "me las pagarás". Por eso mismo es tanto más meritoria la iniciación que pueda darse en esta modalidad de tolerancia. Y será agradecida sin lugar a dudas el día de mañana por aquellos que desde pequeños o de jóvenes se ejercitaron en la tolerancia y aprendieron a soportar a los demás.

4.7. Y el gesto supremo de la tolerancia, que tanto la comunidad como los catequistas han de inculcar poco a poco en el ánimo de los catequizandos, es, qué duda cabe, el gesto del *perdón*. Del propio Jesús lo hemos recibido como recomendación solemne (*Mt 6,12-15; Lc 6,37*) y de las comunidades cristianas nos viene como herencia testimonial y estimulante (*Col 3,13*). No podemos hacer oídos sordos al ruego de Jesús ni despreciar el legado con el que tantos seguidores suyos se han convertido en signo del perdón de Dios para los demás. Ésta es, sin lugar a dudas, la prueba de fuego de una verdadera iniciación cristiana y no hemos de pretender conseguirlo en un instante. La educación al perdón es lenta, delicada, y ha de tener muy en cuenta los complicados repliegues de la psicología humana para no forzar artificiosamente una experiencia que ha de nacer desde la absoluta gratuidad y libertad. Pero si en nuestra propia vida testimoniamos que el Espíritu de Dios nos ha llevado a perdonar, porque primero hemos sido perdonados, confiemos también en que el Espíritu conducirá a esa misma vivencia del perdón a quienes se dejan guiar por sus impulsos (*Gal 5,25*).

## **Conclusión**

No he pretendido en estas reflexiones hablar de la tolerancia como de algo novedoso que se ofrece a la consideración de los humanos y de los creyentes por primera vez. La declaración de la ONU para este año 1995 se remite a la historia de la humanidad, en la que las manifestaciones tanto de tolerancia como de intolerancia vienen desde antiguo. Y lo mismo cabe decir de lo acontecido en la historia de la Iglesia.

Mi intención ha sido más bien la de recordar un aspecto importante de nuestra condición de cristianos, como es la vocación a la libertad (*Gal 5,1*) y a la tolerancia (*Flp 4,5*). Algo que no debemos descuidar en ningún momento de la vida ni en nuestra labor de educadores en la fe.

Me he declarado desde el primer momento partidario convencido de que es posible avanzar en ese intento, es decir, de que es posible practicar la tolerancia y enseñar a practicarla. Las razones en que me he basado son, entre otras, las siguientes:

- Ante todo, dar por sentado que la actitud creyente, por ser *"una actitud adorativa..., una entrega amorosa que impregnará toda la vida y la llenará de valor, impulsando así a un compromiso con aquello que se entienda ser la causa del bien en el mundo... es cordialmente tolerante... y perfectamente compatible con una vivencia madura de la fe"*<sup>6</sup>.
- Luego, estar persuadido de que la tolerancia es un comportamiento dinámico y activo, que es preciso desarrollar, potenciar y, consiguientemente, educar. *"La tolerancia no es una posición contemplativa, que dispense indulgencias a lo que fue y a lo que es; es una actitud dinámica, que consiste en prever, en comprender y en promover lo que quiere ser"* (C. LEVI-STRAUSS).
- Además, valorar en su justa medida que, en el espacio de la catequesis, donde coinciden personas tan diferentes, es perfectamente alcanzable y practicable el *aprendizaje y entrenamiento progresivo* en la tolerancia. *"Puesto que el objeto de la tolerancia siempre es el otro, el otro ser humano cuyas costumbres, idioma, aspecto, gestos, molestan, el modo más efectivo de enseñar la tolerancia es conviviendo con los que son distintos"* (V. CAMPS).
- Y, finalmente, procurar realizar todo esto desde el firme convencimiento de que *"lo peculiar de una religión de amor es persuadir, no violentar"* (SAN ANASTASIO).

---

<sup>6</sup>J. GÓMEZ CAFFARENA: *Vivencia de la fe y tolerancia*, en "Pastoral Misionera", enero-febrero 1994, páginas 55-56.